

Domingo de la Trinidad-C

Felipe Santos, SDB

“Si alguno abre la puerta vendremos a él”

Durante todo el año litúrgico, hemos celebrado los grandes acontecimientos de Jesús: la encarnación, la pasión, la muerte y la resurrección, el don del Espíritu Santo. La liturgia nos invita hoy a celebrar la Trinidad, el punto de partida y de llegada de la historia de la salvación: el alfa y la omega, el comienzo y el fin. Esta gran fiesta nos propone reflexionar sobre el Dios que Jesucristo nos ha revelado.

Jesús nos habla a menudo de su Padre y del Espíritu Santo. Menciona las tres personas de la Trinidad cuando envía a sus discípulos a anunciar la Buena Nueva del amor de Dios para con nosotros: «Id al mundo entero y predicad la Buena Nueva a todo el mundo bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. » (Mt 28, 19)

Nos presenta a un Padre tierno, misericordioso, respetuoso de la libertad de sus hijos, siempre listo a acoger al hijo pródigo y a perdonar.

En Jesús, el Hijo del Padre, Dios toma un rostro humano, fraterno, cercano a nosotros, un Dios “hermano”. El es el pontífice, el constructor del puente que une lo humano y lo divino. El amor de Dios deviene tangible, comprensible y a la medida de ser imitado. Es Emmanuel, el Dios con nosotros.

El Espíritu Santo une nuestra dimensión interior, la más profunda de nuestro ser. Es Dios en nosotros que nos guía, enseña, invita a la acción, nos conforta y fortalece. Nos recrea constantemente y hace todas las cosas nuevas.

Cristo promete estar con nosotros hasta el fin del mundo. Esta promesa está en el origen de nuestra esperanza de creyente. Dios nos acompaña, nos sostiene e ilumina. Nos ayuda a leer los acontecimientos y a discernir su presencia en nuestra vida. Esta presencia nos da la fuerza para luchar contra el mal y actuar con fantasía y originalidad.

Una de las características fundamentales de nuestro Dios es que no quiere que seamos esclavos sino compañeros en una alianza eterna. «No os llamo siervos sino amigos porque os he dado a conocer las cosas de mi Padre» (Jean 15, 15).

El misterio de la Trinidad es algo así como el secreto del sol. No conseguimos mirarlo de cara y comprender su composición pues no cegaría. Pero el sol ilumina todo lo que existe. La Trinidad es para nosotros un misterio, pero ilumina nuestra vida, da un sentido a lo que nos sucede, alimenta nuestra esperanza y llena nuestra soledad.

Es esta presencia maravillosa de Dios en nuestras vidas la que celebramos en la fiesta de la Trinidad.